

Cordwainer

Smith

Los Señores
de la Instrumentalidad, III

Norstrilia



Los Señores de la Instrumentalidad es una monumental, sorprendente e intencionada historia del futuro que maravilla por su poesía, sus personajes y su riqueza temática. El autor, uno de los más originales escritores de ciencia ficción, fue profesor universitario, catedrático de Ciencias Políticas, experto en asuntos del Lejano Oriente y asesor de información militar. Con su obra ha creado verdaderos adeptos y uno de los más inteligentes y sugerentes logros de la ciencia ficción de todos los tiempos.

El mismo Cordwainer Smith describe *Norstrilia*: «La historia es simple. Érase un chico que compró el planeta Tierra. El chico fue a la Tierra, consiguió lo que se proponía y escapó con vida. Ocurrió en el primer siglo del Redescubrimiento del Hombre, cuando vivía la mujer gato G'mell, cuando limpiaron Shayol como si hubiesen lustrado una manzana con la manga. Más o menos quince mil años después de las bombas que arrasaron la Vieja Tierra. El resto son detalles». Y esos maravillosos detalles configuran una novela de culto y un clásico indiscutible de la ciencia ficción de todos los tiempos. Un libro que sintetiza ejemplarmente todo el complejo universo de la Instrumentalidad de los Humanos. El punto más alto de la narrativa de un autor único y sorprendente.

PRESENTACIÓN

Este tercer volumen de la edición íntegra de *Los Señores de la Instrumentalidad* de Cordwainer Smith incluye la única novela concebida como tal en todo el ciclo. Escrita en 1960, se dividió en dos partes para su primera edición en 1965 (*The Planet Buyer*) y en 1968 (*The Underpeople*), aunque en 1975 se recuperó la forma original que hoy presentamos.

En nuestro empeño editorial por ofrecer, completa y ordenada, toda la ciencia ficción de un autor irrepetible como es Cordwainer Smith, queda pendiente tan sólo la edición del cuarto y último volumen, *En busca de tres mundos*, que completaremos con otros relatos del autor difícilmente encuadrables, en el gran ciclo de la Instrumentalidad de lo Humano.

Los otros dos volúmenes de la serie aparecieron en esta colección, en 1991, con los títulos *Piensa azul, cuenta hasta dos* (NOVA ciencia ficción, número 37) y *La Dama muerta de Clown Town* (NOVA ciencia ficción, número 38). De todo ello se habla con detalle en el apéndice, donde se incluyen los datos necesarios para situar la serie y el contenido de esta novela, incluso para el lector que no haya leído las narraciones de los primeros volúmenes.

MIQUEL BARCELÓ

INTRODUCCIÓN

Cordwainer Smith, una personalidad discutida

La personalidad y la obra misma de Cordwainer Smith hacen de *Los Señores de la Instrumentalidad* un caso único en la historia de la ciencia ficción. El conocimiento profundo que el autor tenía de la cultura china impregna inevitablemente el estilo de su producción literaria, en la que, según los expertos, se refleja claramente el intento de trasladar a la ciencia ficción la narrativa china y su particular estructura. Así, los relatos se presentan a modo de fábulas, como historias contadas con la distanciaci3n y el estilo de un narrador que est3 implicando hechos antiguos, de los que se da por supuesto que existe cierto conocimiento gen3rico y al mismo tiempo, la suficiente curiosidad por los detalles. A este respecto el inicio de *Norstrilia* es claramente paradigm3tico:

La historia es simple. Érase un chico que compr3 el planeta Tierra. El chico fue a la Tierra, consigui3 lo que se proponía y escap3 con vida. Ocurri3 en el primer siglo del Redescubrimiento del Hombre, cuando vivía la mujer-gato G'mell, cuando limpiaron Shayol como si hubiesen lustrado una manzana con la manga. Más o menos quince mil años después de

las bombas que arrasaron la Vieja Vieja Tierra. El resto son detalles.

Pero esos detalles son, hay que reconocerlo, algo maravilloso.

En otro lugar, al caracterizar la ciencia ficción como una literatura de ideas, he escrito una arriesgada simplificación: «Se ha dicho que una novela de Literatura general (de esa de la que algunos no ocultan la mayúscula al hablar de ella) no puede contarse, que debe ser leída y apreciada en su totalidad. Esto no ocurre así en la ciencia ficción. Si un relato de ciencia ficción no puede ser contado y abreviado es que no contiene esa idea que constituye el elemento esencial del género para la mayoría de sus lectores». Bueno es reconocer que la obra de Cordwainer Smith se resiste a ese reduccionismo que enuncié, en su día, con simple voluntad didáctica. Hay ideas en la obra de Cordwainer Smith, y muchas; pero su somera relación nos alejaría del sorprendente y maravilloso ambiente que impregna sus narraciones, de esos detalles que configuran, de hecho, toda su narrativa.

Otro aspecto que creo destacable en la obra de Cordwainer Smith es el elevado número de referencias que se establecen entre unos relatos presentados como entidades independientes. Precisamente esa constante referencia a otros relatos del ciclo confiere al conjunto de la saga de *Los Señores de la Instrumentalidad* una curiosa sensación de verosimilitud. Obtenemos en realidad la imagen de una historia legendaria que se da por sabida y cierta, de una historia cuyas líneas generales son de dominio público, y a la que cada uno de los relatos no hace más que añadir puntualizaciones y pequeñas precisiones. Se trata de una historia cuya moraleja y sentido final ya son conocidos por todos. Y a esa sensación general de verosimilitud contribuyen incluso las pequeñas incoherencias también presentes en los relatos.

Algunos han querido, como tantas veces han intentado los críticos literarios, rastrear la mismísima personalidad de Cordwainer Smith a partir de la obra escrita. Inútil pretensión. Paul Myron Anthony Linebarger, la persona que se escondía bajo el pseudónimo Cordwainer Smith era, como todas las personas, mucho más rica que las conjeturas que se aventuran sobre él. Sabemos, por ejemplo, que su gata Melanie pudo ser el origen de la mujer-gato G'mell de sus narraciones, que se casó en segundas nupcias con su alumna Genevieve, que era miembro de la iglesia anglicana, que tenía un doctorado en Ciencias Políticas por la John Hopkins University, que fue experto en asuntos del Lejano Oriente, catedrático de Ciencias Políticas y asesor de información militar en varias confrontaciones bélicas. Pero estos y otros detalles se conocen por su biografía y, tal vez con excepción de la primera afirmación, resulta francamente difícil deducirlos de la obra escrita que nos ha dejado.

Con toda seguridad, pueden vislumbrarse múltiples y complementarios retazos de la personalidad de Paul Linebarger a través de las anécdotas y comentarios de los críticos y de los estudiosos de su obra. Hay bastantes a disposición del lector español. En el número que *Nueva Dimensión* dedicó en 1971 a Cordwainer Smith, se incluyen comentarios de Anthony Cheetham, Carlo Frabetti, Donald A. Wollheim y Roger Zelazny. En el número 1 de la segunda época de la revista argentina *El Péndulo* (1981) se encuentran los de Pablo Capanna y Arthur Burns; y los de John J. Pierce y Frederik Pohl se incluyen en esta edición integral y ordenada de *Los Señores de la Instrumentalidad*. Pero quien esté interesado en profundizar en la obra y la personalidad de Cordwainer Smith hará bien en utilizar el casi imprescindible libro del argentino Pablo Capanna: *El Señor de la Tarde: Conjeturas en torno a Cordwainer Smith* (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984). En mi opinión, los textos de mayor interés son el estudio de Capanna, la opinión de Pierce (por ejemplo en esta edición y en el fanzine

Speculation 33 de 1976) y los trabajos recogidos por Andrew Porter en *Exploring Cordwainer Smith* (1975), en particular las opiniones y recuerdos de Arthur Burns también disponibles en la traducción de *El Péndulo* antes citada.

En cualquier caso, como nos cuenta Burns, Linebarger era de «una estatura superior a la normal, enjuto, calvo, narigón, de barbilla angosta» y de una extrema formalidad en los modales. Le gustaban los gatos: Burns cuenta que «la población de gatos de la casa de Linebarger en Washington oscilaba entre siete y once». Pero todo ello sigue siendo fruto de la observación, no del análisis de su obra; aunque éste evidentemente ayude a hacerse una idea de su persona. No cabe duda de que la aparente contradicción entre su ocupación profesional o su ideología personal (nada izquierdista por cierto), y el posible carácter «revolucionario» que subyace en *Los Señores de la Instrumentalidad* justifica el interés por una personalidad que tía interesado a todos los comentaristas y estudiosos.

Hay una especulación curiosa en cuya cita coinciden, por ejemplo, Capanna y otros especialistas —a los que habría que añadir John Clute con su artículo publicado en la *Science Fiction Enciclopedia* de Peter Nicholls de 1979—; aunque el tratamiento que le da Capanna resulte, evidentemente, mucho más exhaustivo. Según se indica, Paul Linebarger sería la persona real escondida bajo el nombre de «Kirk Allen» en uno de los casos que expone el psicoanalista Robert Linder en *La hora de cincuenta minutos* (1955), un famoso texto de divulgación sobre el psicoanálisis.

En el «caso Allen» narrado por el psicoanalista Linder (precisamente el último del libro), Allen es un físico nuclear que trabaja al servicio de la institución militar, un personaje de gran inteligencia que se refugia en un fantasioso mundo de ciencia ficción como resultado de una personalidad esquizoide. La referencia común a la ciencia ficción y al trabajo con los militares ha permitido asociar la personalidad de Allen con la de Paul Linebarger, aunque desconozco si hay

pruebas reales de ello o se trata de simples conjeturas. Burns nos cuenta que Linebarger tuvo que psicoanalizarse en un curso de entrenamiento que formaba parte de su trabajo sobre la guerra psicológica y que, después, siguió con unas dos sesiones de psicoanálisis por semana durante unos quince años. Pero, en mi opinión, no hay excesivo parecido entre la historia de Allen (que utiliza la ciencia ficción casi como una válvula de escape) y la de Linebarger, quien quizá la utilizara personalmente en este sentido, aunque no me atrevería a juzgar de escapista una historia como la de *Los Señores de la Instrumentalidad*. En cualquier caso, doctores tiene la iglesia (y el psicoanálisis...) y tal vez pueda haber algo de verdad en esa asociación de personalidades entre Allen y nuestro autor. Para completar el panorama, conviene citar también la afición por la ciencia ficción del mismísimo psicoanalista Roben Linder, autor del libro.

Ya he dicho que dudo que puedan despejarse demasiadas incógnitas sobre la personalidad de un autor a partir de su obra. Aunque admito que pueda ser un ejercicio saludable e interesante. Una explicación final puede encontrarse, tal vez, en las palabras que el mismo Cordwainer Smith dirige al lector al presentar sus relatos en el prólogo a la antología *Space Lords*:

«Todo lo que puedo hacer es trabajar los símbolos. La magia y la belleza llegarán de tu propio pasado, de tu presente, de tus esperanzas y de tus experiencias».

Y ésa es tal vez la única realidad constatable. Una vez escritos y publicados, los relatos y las narraciones ya no tienen casi nada que ver con quien los escribió. Están aquí, a disposición del lector. Y, afortunadamente, todos los lectores somos distintos y leemos los mismos textos de forma

distinta, en función de referencias e historias personales distintas. Por ello les damos también significados distintos.

Por eso leer es y será siempre tan agradable. Incluso aunque no lleguemos a abarcar la personalidad de quien fuera el autor con cuya obra nos deleitamos. Pero ¿alguien ha pensado en serio alguna vez que un ser humano, ese sistema de altísima complejidad, puede encerrarse en unas simples narraciones? Por fortuna nunca será así. Al leer, sólo obtendremos atisbos de la personalidad del autor y posiblemente, esos atisbos reflejarán con mayor certeza nuestra propia personalidad antes que la del autor.

Tal vez sea uno solo quien escribe, pero somos legión, y francamente diversa, aquellos que leemos.

MIQUEL BARCELÓ
Sant Cugat del Vallès (Barcelona)
Abril de 1993

Capítulo 1

Tema y prólogo

Historia, lugar y tiempo: eso es lo esencial.

1

La historia es simple. Érase un chico que compró el planeta Tierra. Eso lo sabemos porque lo logró a costa nuestra. Sólo ocurrió una vez, y tomamos precauciones para que nunca más se repitiera. El chico vino a la Tierra, consiguió lo que se proponía y salió con vida, tras una serie de aventuras dignas de mención. Ésa es la historia.

2

¿El lugar? Vieja Australia del Norte. ¿Podía ser algún otro? ¿En qué otro lugar los granjeros pagan diez millones de créditos por un pañuelo y cinco por una botella de cerveza? ¿En qué otro lugar la gente vive apaciblemente, lejos del militarismo, sobre un planeta de muerte y de cosas peores que la muerte? Vieja Australia del Norte tiene *stroon* —la droga santaclara—, y más de mil planetas reclaman esta sustancia. Pero sólo se puede comprar en Norstrilia —así llaman a ese mundo, para abreviar— porque es un virus que se produce en ovejas enormes, gigantescas y deformes. Llevaron las ovejas de la Tierra para crear un siste-

ma ganadero; las ovejas terminaron siendo el mayor de los tesoros imaginables. Aquellos simples granjeros se convirtieron en simples multimillonarios, pero conservaron sus costumbres. Eran fuertes y se volvieron más fuertes. Las gentes se vuelven rudas si las despojan y acosan durante casi tres mil años. Se vuelven obstinadas. Eluden a los forasteros, excepto para enviar espías y un turista de cuando en cuando. No se lían con los demás, y si uno se mete con ellos se convierten en la muerte, la muerte que se extiende por todas partes.

Un chico de Norstrilia compró la Tierra. Todo el planeta: objetos, títulos, subpueblo.

Fue un verdadero problema para la Tierra.

Y también para Norstrilia.

Si hubiera sido un trato entre gobiernos, Norstrilia habría juntado todos los objetos valiosos de la Tierra y los habría revendido a interés compuesto. Así hacen negocios los norstrilianos. O quizás hubieran dicho: «Olvídalo, amigo. Puedes quedarte con esa pelota vieja y húmeda. Aquí tenemos un mundo bueno y seco». Así son los norstrilianos. Imprevisibles.

Pero un chico Había comprado la Tierra, y era suya.

Legalmente, tenía derecho a vaciar el Océano del Poniente, enviarlo al espacio y vender agua por toda la galaxia habitada.

No lo hizo.

El chico buscaba otra cosa.

Las autoridades de la Tierra pensaban que quería mujeres, así que intentaron ofrecerle chicas de todos los aspectos, tamaños, olores y edades, desde damiselas de buena familia hasta submuchachas de origen canino que despedían constantemente un olor romántico, excepto los primeros cinco minutos, después de recibir duchas calientes y antisépticas. Pero el chico no quería mujeres. Quería sellos de correos. Esto desconcertó tanto a la Tierra como a Norstrilia. Los norstrilianos son los duros habitantes de un plane-

ta inhóspito, y aprecian mucho la propiedad. (¿Por qué no iban a hacerlo? Lo poseen casi todo). Una historia así sólo pudo empezar en Norstrilia.

3

¿Cómo es Norstrilia?

Alguien la describió una vez en una canción:

«Gris era la tierra, oh. Hierba gris de cielo a cielo. Aunque no cerca del dique. Ni una montaña, alta o baja, sólo cerros y gris, gris. Observa las trémulas manchas titilando entre los astros.

»Eso es Norstrilia.

»Ha terminado la engorrosa búsqueda, la pobreza y la espera y el dolor. La gente se ha marchado, ha dejado atrás las monstruosas formas. La gente luchó por manos y narices, ojos y pies, hombre y mujer. Lo recuperaron todo. Regresaron de las pesadillas diurnas, de los siglos en que hombres monstruosos, que sorbían el agua alrededor de los estanques, soñaban con ser hombres de nuevo. Lo encontraron. De nuevo fueron hombres, dejaron atrás aquella época horrenda.

»Las ovejas, pobres bestias, no lo consiguieron. Con su enfermedad destilaron inmortalidad para el hombre. ¿Quién dice que la investigación pudo descubrirlo? ¡La investigación es una patraña! Fue mero accidente. Sufre un accidente, hombre, y serás rico.

»Pardas ovejas yacen en la hierba gris azulada mientras las nubes se deslizan rasas, como caños de hierro techando el mundo.

»Toma un rebaño de ovejas enfermas, hombre, pues las enfermas producen ganancias. Estornúdame un planeta, hombre, o tócame una pizca de inmortalidad. Si es excéntrico allá, donde viven los tontos y enanos como tú, aquí está muy bien.

»Ésa es la norma, muchacho.

»Si no has visto Norstrilia, no la has visto. Si la vieras, no lo creerías. Si hubieras llegado allí, no saldrías vivo.

»Los mininos de Mamá Hilton te esperan allí. Son animalitos pequeños, muy pequeños. Bichitos simpáticos, dicen. No les creas. Quien los ha visto no puede contarlos. Tú tampoco lo contarías. Son tu desgracia, un golpe de gracia.

»Los mapas la llaman Vieja Australia del Norte».

Podemos suponer que el planeta es así.

4

Tiempo: primer siglo del Redescubrimiento del Hombre.
Cuando vivía G'mell.

La época en que limpiaron Shayol, como si hubiesen lustrado una manzana con la manga.

En lo más profundo de nuestra propia época. Quince mil años después de las bombas que arrasaron la Vieja Vieja Tierra.

Como ves, hace poco.

5

¿Qué pasa en la historia?

Léela.

¿Quién aparece en ella?

Empieza con Rod McBan, cuyo verdadero nombre era Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan. Pero no se puede contar una historia si el personaje principal se llama Roderick Frederick Ronald Arnold William MacArthur McBan. Hay que llamarlo como sus vecinos: Rod McBan. Las viejas damas siempre decían: «Rod McBan ciento cincuenta y uno...», y suspiraban. Olvidemos a las viejas damas. No necesitamos números. Sabemos que procedía de una buena familia. Sabemos que el pobre chico nació con problemas.

¿Cómo no iba a tener problemas?

Iba a heredar la Finca de la Condenación.

Y luego viajó. Conoció a toda clase de gente. G'mell, la más bella de las muchachas de placer de la Tierra. Jean-Jacques Vomact, cuya familia debía ser anterior a la raza humana. El viejo de Adaminaby. Las arañas adiestradas de Terrapuerto. El subcomisionado Bebedor de Té. El señor Jestocost, cuyo nombre constituye una página de la historia. Los amigos del A'telekeli, y vaya si esos amigos eran extraños. T'dank, de la policía vacuna. El Maestro Gatuno. Tostig Amaral, de quien más vale no decir nada. La ambiciosa Ruth. La humilde G'mell. La risueña Johanna.

El chico escapa.

El chico escapó. Ésta es la historia. Ahora ya no es necesario que la leas.

Salvo por los detalles.

Aquí los tienes, a continuación.

(Además compró un millón de mujeres, demasiadas para cualquier chico en la práctica, pero no es seguro, lector, que averigües lo que hizo con ellas).

Capítulo 2

A las puertas del jardín de la muerte

Rod McBan se enfrentaba al día de días. Sabía de qué se trataba, pero no podía sentirlo de veras. Se preguntaba si lo habrían tranquilizado con *stroon* medio refinado, un producto tan raro y precioso que nunca se comercializaba fuera del planeta.

Sabía que al anochecer estaría riendo y babeando en una de las Salas de la Muerte, adonde enviaban a los inadaptados para depurar la raza humana, o bien sería el terrateniente más viejo del planeta, principal heredero de la Finca de la Condenación. Su bisabuelo³² había remontado la granja. Había comprado un asteroide de hielo, lo había estrellado contra la granja a pesar de las violentas objeciones de sus vecinos y había aprendido a usar pozos artesianos para mantener la hierba en crecimiento mientras las tierras de los vecinos pasaban del verde grisáceo al polvo arremolinado.

Los McBan habían mantenido el sarcástico y viejo nombre de la granja, la Finca de la Condenación.

Rod sabía que al anochecer sería el amo de la granja.

O bien estaría agonizando y disfrutando en la Casa de la Muerte, donde la gente moría riendo, sonriendo y retozando.